

que comprendiese la vida caballeresca; se detuvieron en las simples exterioridades, en su corteza, limitándose á tomar algunos nombres de la historia de la tradicion, y uniendo á ellos proezas estravagantes y un sobrenatural tosco. Añádase á esto que habiendo empezado á reirse de estas invenciones los primeros que habian tratado de este asunto, los poetas más hábiles que les siguieron hicieron lo mismo, al paso que los que quisieron tratar la materia con tono sério se helaron, y fueron olvidados antes de haber vivido.

Pulci, 1422-87.—Sin ser inspirado ni por el culto á la mujer, ni por el entusiasmo del valor, Luis Pulci cantó las hazañas, ó por mejor decir, las inauditas proezas de los héroes que no tenían más mérito que su fuerza, corazones de dragones y miembros de gigantes, no pensando en escitar el interés ni cuidándose de la fe que mereciesen aquellas hazañas. A medida que componía, leía sus cantos en la corte de los Médicis, lo que induciría á esperar que hubiese en ellos delicadeza en las ideas y en la espresion. Pero, por el contrario, no tiende más que á la sagacidad y á lo jocoso, á lo que sacrifica el arte y el sentimiento. A veces se pregunta uno si se burla, ó si habla seriamente, y al fin no se sabe qué es lo que se ha propuesto con aquellas invenciones incoherentes, aquel delirio de imaginacion que le hace ridiculizar las hazañas, y el modo de cantarlas, pasando á saltos de lo patético á lo bufon, y haciendo, con desprecio del gusto y de las conveniencias, una amalgama de ciencias llena de locura. Hace entablar á raudos diablos interminables discusiones sobre lo más abstruso que tienen la teología y la filosofía, y trata las cosas más sagradas con un desprecio chocarrero que provocaba la risa cuando merecía la indignacion. No se podría soportar la locura de este poema sin la sencillez del lenguaje que el autor debía al suelo natal, y que no se alteró con el estudio.

Boyardo, 1434-94.—Esto fué, por el contrario, lo que faltó á Mateo Boyardo, conde de Scandiano (17), que además de haber compuesto poesías líricas de pensamientos y giros peregrinos, escribió el *Orlando enamorado* en 89 cantos que debían llegar á ciento. La fama que alcanzó esta obra se evidencia por las muchas refundiciones y continuaciones que se hicieron de ella hasta en su tiempo, y no se crea que la refundición de Berni, con su desden espresado elegantemente, haya hecho olvidar el original, ni que éste se hallase desprovisto de belleza y en particular de fuerza (18). Notable por el orden y por la

(17) Hay algunos que pretenden que la crónica imperial de Riccobaldo, inserta por Muratori en los *Rev. It. Script.* IX, ha sido supuesta por Boyardo.

(18) Algunas octavas no las rechazaria Ariosto. Luce degli occhi miei, spito del core Per chi cantar solea si dolcemente

imaginacion, inventa Boyardo mucho más que el Ariosto, que tomó de él sus mejores fábulas para conducir las felizmente á su fin, dándoles el encanto del estilo, sin el cual las obras de imaginacion no pueden esperar inmortalidad. Se complació en colocar las escenas de su poema en diferentes lugares de su feudo, y en dar á sus héroes los nombres de varios paisanos: de esta manera es cómo los Rodomonte y los Mandricardo del pais fueron llamados á vivir eternamente al lado de los hombres que habian sufrido ó hecho sufrir realmente.

Ariosto, 1474-1535.—Ludovico Ariosto, nacido en Reggio, tuvo una vida oscura y enteramente prosaica con cortos empleos, en pequeñas embajadas, en medio de aquellas cortes enojosas; y tal vez su talento perdió allí mucho de su vigor, al paso que puesto á prueba por las contradicciones y el infortunio, hubiera podido emprender un vuelo más elevado. No hay quien le iguale en el atrevimiento de la espresion, en la estructura de los versos, la abundancia de la frase, la claridad de las

Rime leggiadre e be versi d'amore,
Spirami ajuto alla storia presente.
Tu sola al cantar mio facesti onore
Quando di te parlai primieramente:
Perchè á qualunque che di t. ragiona,
Amor la voce e l' intelletto dona
Amor prima trovó le rime e i versi,
I suoni, i canti et ogni melodia
E genti estrane e popoli dispersi
Congiunse amore in dolce compagnia,
Il diletto e il piacer sarien sommersi
Dove amor non avesse signoria:
Odio crudele e dispietata guerra,
S'amor non fosse, avrian tutta la terra.

(Luz de mis ojos, espíritu del corazon, á quien sola cantar dulcemente gracias rimas y versos amorosos, concédeme tu ayuda para narrar la presente historia. Tu sola honraste mi canto, cuando hablé de ti la vez primera; pues á todo el que se ocupa en tu elogio, da Amor la voz y el entendimiento.)

Amor halló las rimas y los versos, los sonidos, los cantos y toda clase de melodia, y unió en dulce compañía á personas estrañas y pueblos diversos. El deleite y el placer no existen donde Amor no domina; si no fuese el amor, el cruel odio y la guerra despiadada reinaria en toda la tierra.)

Y el preliminar del canto IV, lib. 2:

Stella d'amor che il terzo ciel governi,
E tu, quinto splendor si rubicondo,
Che girando in due anni i cerchi eterni,
D'ogni pigrezza fai diguino il mondo,
Venga da corpi vostri alti e superni
Grazia e virtude al mio cantar giocondo;
Si che l'influso vostro ora mi vaglia,
Poi ch'io canto d'amore e di battaglia.

(Estrella de amor, que gobiernas el tercer cielo; y tú, quinto esplendor rubicundo, que dando vuelta en dos años á los círculos eternos, destierras del mundo la pereza; envidad desde vuestros cuerpos altos y supremos, gracia y vigor á mi alegre canto; de suerte que vuestro influjo me valga ahora que acabo de celebrar el amor y los combates.)

imágenes, la limpieza constante del estilo, y al mismo tiempo en el espíritu lleno de delicadeza que sabe mirar siempre las cosas por el lado risueño. Si hubiese dirigido hácia un noble objeto aquella práctica del arte, aquel conocimiento superior de los clásicos, aquel buen sentido tan lleno de sagacidad, la Italia hubiera tenido un grande hombre, mas al paso que no ha tenido en él más que á un gran poeta.

No se propuso, ningun objeto. Un tal Agustín continuó á Boyardo, pero con desgracia: Ariosto escribió sobre el mismo asunto algunos cantos, para leerlos en un círculo de amigos; los elogios que éste ensayo le atrajo revelaron su talento, y le hicieron conocer de los demás; prosiguió su obra, y resultó un poema, pero todo fué tomado de sus predecesores, hasta los pasajes rápidos y duros (19). Es suyo propio el desenlace de algunas aventuras, y más que todo el estilo sencillo y trasparente, del que Galileo decía que habia aprendido á dar gracia y claridad á sus escritos filosóficos.

La epopeya debe ser sobre un asunto que importe á toda la humanidad, ó al menos á una nacion. Ahora bien, ¿cuál es el del largo poema de Ariosto? Tres hechos principales y diferentes se encuentran desde luego en él; Carlomagno, sitiado en Paris, la locura de Orlando, y los amores de Bradamante y Roger. Pero el primero es más bien un fondo destinado para hacer resaltar las figuras del cuadro. El segundo es un episodio que comienza cuando el poema está ya adelantado, y concluye antes que él. Permanece como asunto principal el amor de los dos últimos personajes inventado para glorificar la genealogía de los príncipes de Este, con el objeto de representar á esta pareja como el tronco de su raza. El asunto es, pues, la adulacion; adulacion sin dignidad para con príncipes sin mérito, adulacion que llega hasta inventar los Enriquez, Azzos y Hugos, que no han existido nunca más que en la imaginacion de algun genealogista.

Escepto el nombre de Carlomagno, todo es falso en el poema. El mismo Carlos no fué emperador antes de haber bajado á Italia (20). Paris no era entonces una ciudad importante: nunca fué sitiada por los moros; los moros no eran dueños de Jerusalem (XV, 99); el reino de Hungria no estaba aun fundado (II, de los V, 128). No sólo estos reyes moros son repudiados por la historia, sino teniendo el emperador griego y su hijo Leon por enseña el águila de oro con dos cabezas (XLV, 69) y peleando por recobrar á Belgrado de los búlgaros (XLIV), no son más que personajes imaginarios.

(19) Sus primeros versos son de Dante; los últimos están traducidos de Virgilio.

(20) En el cap. III, 25, predice Melisa que nacerá de Roger un hijo que ayudará á Carlomagno contra los longobardos.

¿Qué figura más épica que la de Carlomagno? Pero se asemeja en el Ariosto, á uno de aquellos vástagos degenerados de las antiguas razas, sin carácter, complaciéndose en rodearse con el brillo de una voluptuosa corte, y en servirse, sin hacer él nada, del valor de sus héroes casi independientes de él. Uno astuto le engaña groseramente, un guerrero valeroso le insulta y queda impune; abandona su espada y su cetro á quien quiera apoderarse de estos objetos, da órdenes que no se obedecen, encuentra la discordia entre los paladines, y no sabe restablecer la paz entre ellos. Por su parte, en lugar de acudir cuando los llama, se divierten en resolver sus querellas particulares; en fin, no consigue el emperador recobrar su poder comprometido, sino sacrificando su dignidad. Cuando varios doctos personajes brillaban en la corte de Carlomagno, Ariosto no sabe mencionar más que un Alfeo dormido en el campo sin saberse por qué (XVIII, 174). Si quiere imitar el Niso y la Euriale de Virgilio, los traslada á los barbaros, avasallados á amos absolutos, tales como describe á los moros: resulta de esto que la amistad de Cloridan y Medor no están menos fuera de lugar que la libertad con que las mujeres de Oriente, Angélica y Marfisa, andan errantes á traves de los campos.

¿Se dirá que hubiera podido saber todo esto? En este caso es mayor su culpa, pues viviendo en el centro de las luces, y con tal poder de imaginacion, no pensó más que en reirse de su asunto, de los lectores y de sí mismo. Es aun más de admirar que en medio de todo el esplendor de las bellas artes y de las ciencias, se estraviase enteramente hablando de las unas, y mostrarse que ignoraba del todo las demás, tanto en la teoría como en la práctica. Así es que sus palacios son la más estraña monstruosidad que se puede ver (XLII, 75); las pinturas representan acciones sucesivas (XXXIII, 21; XXVI, 33). Describe una fuente *bella y bien entendida*, hecha en forma de pabellon octógono, cubierta de un cielo de oro coloreado de esmalte, y sostenida por el brazo izquierdo de ocho estatuas, de las cuales cada una tiene en su mano derecha un cuerno de Amaltea derramando agua; se encuentran además pilastras en forma de mujeres que apoyan cada una el pié en los hombros de dos estatuas, con la boca abierta, y que tienen en su mano grandes escritos. Al conducir á Astolfo á su viaje á la Luna, se equivoca en las nociones elementales de la cosmogonia (XXXIV). Cree que este astro es igual en tamaño á la tierra, ó solo un poco menor; lo representa con luz propia, porque dice que costaba trabajo distinguir desde allí la tierra, en atencion á que no tiene luz. Otros viajeros, «dejando tras sí á Tolemaida, Berenice y toda el Africa, después el Egipto, la Arabia Desierta y la Arabia Feliz, seguian su camino por el mar Eritreo (I, de los V, 89).

Pudiera alguno decir que el Ariosto comenzó antes que Cervantes á desacreditar la caballería;

pero aun se veían en su época hechos serios, como los desafíos de Carlos Quinto y Francisco I, y el torneo en que fué muerto Enrique II. De ella se ríe en un canto, y la trata seriamente en otro. A veces os harta de sangre derramada por sus héroes, y describe con energía la matanza de millares de hombres desarmados. Indignase uno contra los héroes y hasta contra el poeta, cuando tiene valor para reírse en medio de la carnicería de ochenta y cien mil desgraciados, degollados en un solo día; cuando multitud de cristianos y casi todos los bravos musulmanes, concluyen por recibir la muerte; cuando la matanza es tan continuada, que él mismo parece cansarse y exclama: «¡Por Dios, Señor, cesemos ya de hablar de odio y de cantar la muerte!» (XVII, 8). Todo para comenzar de nuevo á cantar otros odios y otras muertes.

Se encuentra uno, pues, colocado en un mundo perpetuamente falso, en medio de héroes que se dan terribles golpes sin herirse; que andan errantes por las selvas y los montes conservando toda la refinada política de las cortes de la época, en medio de mujeres que hacen alternativamente el amor y la guerra, de magos y ángeles que turban cada uno á su vez el orden de la naturaleza. Muchos héroes perecen en un canto, y se presentan de nuevo en los siguientes á matar. Angélica, causa de tantas pendencias y vicisitudes, desaparece á la mitad del poema. Esta inerte bella vá desde París á Cathay, en la China, con tanta tranquilidad como el poeta de Módena á Reggio, cuando hizo por distracción este camino con babuchas; Reinaldo y Adolfo viajan á través de los espacios del cielo y por medio de la Italia; pero ni uno ni otro tienen nunca nada que ver con las artes, las profesiones, las leyes, con ninguna de las cosas que forman la vida de la humanidad, y de que estaba lleno el siglo XVI.

Si, sin duda, lleno estaba; y no obstante la desgraciada Italia era hollada por los ejércitos extranjeros; la traición era el derecho; el manto de san Pedro se encontraba roto; los turcos se adelantaban amenazadores y las costumbres se pervertían cada vez más. ¡Qué digno hubiera sido el canto de un poeta que celebrase las virtudes benéficas, el valor bien empleado, escitando á sacrificarse por la patria, por la religión! Siéntese Ariosto arrastrado por un poderoso genio á la poesía; pero ¿qué número le inspira? La adulación. Este patrimonio de los débiles, aunque había afeado los escritos de los griegos en la corte de los Tolomeos, y los de los latinos en la época de la decadencia, aun no se había mostrado tan prostituido en las obras de los autores insignes. Virgilio canta los héroes á quienes Roma debió su nacimiento y grandeza, y hace descender de ellos la familia Julia; pero no inventa abuelos al nuevo Augusto, y las alabanzas que le prodiga no son, bien consideradas, más que dirigidas á Roma. Hasta cuando se prosterna ante el ara de Augusto, que le ha restituido su pequeña herencia, le pinta las tristezas de los cam-

pos distribuidos á sus veteranos, así como al guerrero que ha llegado á ser propietario de campiñas cultivadas, y que ha despojado á los poseedores de aquellas suaves posesiones. Horacio celebra á Augusto, pero porque restablece el orden devolviendo la paz á la patria; y no olvida ni la intrépida alma de Régulo, ni la invencible de Catón. Lucano, bajo el mismo Neron, se atreve á alabar las virtudes republicanas.

Pero Ariosto no alaba más que la casa de Este, «simiente fecunda que la Italia y todo el mundo debe honrar; flor, alegría de todo lo mejor que ha visto el cielo en ilustres linajes.» Ahora bien, ¿cuáles eran estos señores de Este? ¿Quiénes eran aquel justo Alfonso, *aquel benévolo Hipólito*, y aquella Lucrecia Borgia á quien hace superior á la misma Lucrecia romana? La historia nos lo dice.

Sólo una vez recuerda que tiene patria para reír á los cristianos que se entregan á sus odios y á asolar á la Italia, en lugar de pensar en rechazar la inundación amenazadora de los musulmanes. Entonces, como uno de esos miserables que mendigan la alabanza prodigándola, acumula en su último canto, nombres contemporáneos admirados de verse juntos, los más gloriosos con los más oscuros y los más infames. Así es que numerosas quejas se elevaron contra él (21), encontrándose los unos insuficientemente calificados, y los demás confundidos con la multitud ó mal apareados; y como sucede con frecuencia, la prodigalidad de sus elogios no le valieron más que amarguras. Además, hombres como Cristóbal Colon, Américo Vespucio y Cabot, son sin duda del número con que más se honra la Italia; pero Ariosto, al hablar de descubrimientos de nuevos mundos no menciona más que á los portugueses y á los españoles, y de aquí toma ocasión para alabar á Carlos Quinto, el emperador «más sabio y más justo que ha existido desde Augusto y que existirá nunca» (XV, 24).

¡Si siquiera no se burlase más que de los hombres! Pero no se encuentran libres ni las cosas santas. Se ríe del mismo Dios (XIV, 76), poniendo en su boca mandatos pueriles. Cuando el ángel del Altísimo, de quien se hizo un servidor tosco y grosero, se ve vendido y engañado por la Discordia, vuela á su encuentro; y, *cogiéndola por los cabellos*, hace llover sobre ella puñadas y puntapiés; después «le rompe en la cabeza, la espalda y los brazos, un mango de la cruz» (XXVII, 37). El viaje aéreo de Astolfo, á quien san Juan hace ver el Tiempo, las Parcas y otras antigüedades mitológicas, es una impiedad continua: el Evangelista está comparado allí á los historiadores que disfrazan la verdad (XXXV, 28); Dios muestra á Moisés en el Sinaí una yerba «que hace creer en él á todo el que la coma (III de los V, 21). Estos son rasgos dignos del Aretino.

¡Cuán vana es, cuando no es perversa, la mora-

(21) Maquiavelo se quejó de haber sido olvidado.

lidad que se encuentra al frente de los cantos! Ariosto nos enseña tan pronto que el *fingimiento es con frecuencia vituperado* (IV) como el que *vencer es cosa siempre digna de alabanza, ya sea por fortuna ó habilidad* (XV). Si invita á las mujeres á no escuchar á sus amantes, que una vez vencedores se alejan de ellas, se contradice al momento para explicar que deben huir de los jóvenes aturdidos para elegir hombres de una edad razonable. Da por lo demás extrañas ideas del vicio y de la virtud, y según él; la única gloria existe en la fuerza guerrera, de esta manera es como ensalza hasta las nubes á Roger y á Marfisa, aun más á Gradasso, á Sacripante y á Rodomonte, cuyas matanzas no tienen siquiera por excusa la idea de la defensa, y éstos le parecen un *trío eternamente digno de brillante fama* (XXVII, 22). El *buen Roger, manantial de virtud*, ama con la inconstante ligereza de un niño. Apenas le liberta Bradamante, con los más grandes esfuerzos, del castillo de Atlante, cuando se arroja en los brazos de Alcina y olvida á la *bella dama á quien tanto quería*. Además, no se separa de la magia como Reinaldo lo hace de Armida escuchando la voz de la razón, sino porque otros encantos le presentan á sus ojos vieja y deforme. Sale, pues, de sus lazos bien y completamente curado; después liberta á Angélica del monstruo que la amenaza, y si no la roba el bien que es el tesoro más precioso de una doncella, no es suya la culpa. ¿Qué mérito hay por su parte en arrojar en un pozo el escudo encantado, cuando conserva las demás armas y la espada, también encantadas como las de Orlando, y con las cuales se puede mostrar valiente sin el menor peligro? Todo lo abandona, hasta su dama, para permanecer fiel á Agramante. Después cuando es elegido para el duelo con Reinaldo, que debe decidir la suerte de la guerra, pelea con debilidad, más bien para defenderse que para vencer (XXXVIII): ahora bien, debía ó haberse negado á él, ó portarse con su valor acostumbrado. Su conducta con Leon es hermosa, pero se había dirigido hácia aquellas comarcas con el designio de arrancarle la corona, y de hacerse digno de esta manera de ser el esposo de la que amaba (XLIV); excelente razón de derribar tronos: por otra parte, ¿cómo el magnánimo Leon se vuelve de repente tan cobarde y envía á otro á pelear en su lugar? Cuando Roger y Bradamante tienen en su poder el detestable Marganor, le defienden contra los que le quieren dar muerte, ¿pero con qué objeto? Porque han *proyectado hacerle morir de angustia, con malos tratamientos y martirios* (XXXVII, 107). Zerbino, *modelo de virtud*, parece dispuesto á ceder á los ruegos de Oderico, que le ha ofendido gravemente, y á perdonarle, reflexionando que *toda excusa se admite fácilmente cuando la falta es un efecto del amor*: se cree que es un acto de virtud digno de aplaudirse, y no es así; Zerbino no da muerte á Oderico con objeto de precisarle á marchar y á viajar por espacio de

un año con Gabrina, persuadido *que es abrir un foso delante de él, en el que no podrá evitar caer sino por una casualidad* (XXIV).

No nos agrada ver á la mujer despojada de sus cualidades naturales, para encontrarla en medio del estruendo de las armas; pero creaciones de esta clase son raras á la imaginación de los poetas. ¡No olviden al menos la nobleza de un sexo criado para el amor y la piedad! Por poco buen sentido que tuvieran los duques de Este, debía repugnarles descender de una raza, en la que no sólo los hombres, sino también las mujeres, derramaban sangre con ferocidad. Bradamante, por consejo de Melisa, da muerte á Pinabel, lo cual es una venganza inútil; pero admitiendo que sea justo según la guerra, ¿es de buen caballero degollarle cuando huye, y no se defiende sino con gritos y súplicas? (XXIII, 4). No sólo Bradamante y Marfisa son crueles cuando pelean en honor de su causa, sino que tienen un verdadero placer en hacer correr la sangre: cuando Roger y Reinaldo llegan á las manos por decidir el gran litigio, ellas se mantienen á un lado, trémulas é irritadas al verse detenidas por el tratado, sintiendo no poder cebarse en tantas presas reunidas (XXIX, 10, 11); y apenas ven rota la tregua, cuando *alegres* se lanzan en medio de la matanza.

Aun no se puede explicar cómo los líricos en general, comenzando por los sicilianos, han pintado el amor con colores castos, con los cuales cubren sus cuadros, al paso que los poetas épicos, como también los novelistas, se han creído obligados á incurrir en la obscenidad, hasta tal punto, que el mismo Tasso, alma honrada y pura, no ha evitado en un poema religioso la lubricidad de las pinturas, ni el epicureísmo de los consejos. Pero ninguno ha avanzado tanto como Ariosto, cuyos versos están llenos de ambigüedades impúdicas é imágenes licenciosas que se encuentran también en sus comedias. Que no se repita que eran los vicios de la época; siempre quedará al autor la culpa de no haberse hecho superior á ellos, y aun cuando se le disimule, la falta será de la obra, que deberá confesarse perversa aun cuando se la proclame hermosa.

Se ha dicho que Ariosto había comprendido en su poema todos los estados y clases, y sin embargo, en vano se busca la mujer virtuosa, la madre de familia y la amante casta. No se encuentran en él más que Gabrinas y Origilas, caracteres de los más repugnantes que se pueden concebir, ó madres tiránicas, como la de Bradamante, y queridas voluptuosas, entre las que se debe no obstante distinguir la hermosa figura de Isabel, que resiste á la violencia, pero que no sabe negar nada al amor.

No se sabe además por qué Orlando da su nombre al poema; al menos que no sea por competir con el de Boyardo. Da principio con muy bellas quejas, pero en el estilo de un joven adorado; abandona á Carlos cuando tiene más necesidad de

él; sus locuras le convierten en un azote de la Francia; la guerra se concluye victoriosamente sin su ayuda, y no recobra la razón sino para destruir algunos restos que sobreviven, y dar muerte á Agramante, rey que huye sin ejército ni reino, cuando ya ha sido alcanzado por la espada de Brandimarte; por lo demás, no manda en una sola batalla, ni dirige siquiera un ataque, escepto los consejos que da á Astolfo en la expedición de Africa, empresa muy fácil contra un reino sin defensa, y un ejército creado por milagro. Añádase á esto que todo el valor de los paladines no produce nada, sino con prodigios continuos, aliados traídos por ángeles, piedras convertidas en caballos, y hojas cambiadas en barcos, de tal manera, que la victoria de los cristianos se debe al gran número de los milagros y encantamientos.

¿Se ha de alabar en Ariosto el mérito de imaginación? Para esto sería preciso disminuirlo mucho cuando se leyera los poemas que han precedido al suyo, sobre todo el de Boyardo, donde están urdidas las fábulas que él ha tejido, en verdad admirablemente. Además, Forteguerra ha probado cuán fáciles eran estas invenciones de puro capricho, componiendo, á razón de un canto diario, un poema que no puede igualarse con el de *Orlando*, pero que es tal vez superior á los demás del mismo género. Ariosto trabajó infinitamente mejor que Boyardo, á quien era muy superior en genio; pero precisamente por esta inmensa superioridad es por la que se tiene derecho para ser severo con respecto á él, pasando en silencio la turba vulgar que se presenta después. Ariosto ha descuidado, por un farrago de maravillas, el estudio severo del hombre: no comprende que en toda clase de poesía, el gran arte consiste en asociar la ficción y la verdad, de modo que lo maravilloso esté acorde con lo creíble. Dejaremos á otros el cuidado de alabarle de este desorden, que no tenía nada de nuevo en poemas de aquel género, y que acusa una falta de arte, al mismo tiempo que denota en él mucha inestabilidad, como es el primero en confesarlo (22), no sólo en amor sino en cualquiera otro sentimiento.

Los poemas, como cualquiera otra obra, no son dignos de alabanza, sino en tanto que resulta de ellos un pensamiento útil y grande. Cuando el sentimiento se esparce al acaso, las impresiones diferentes se borran una á otra en su sucesión, y no sobrevive ninguna. Ahora bien, se creía que el Ariosto ha emprendido precisamente la tarea de destruir á diestro y siniestro las impresiones que produce si acaba de asustaros, os ofrece de repente una escena de amor; si os ha conmovido, os

(22) *Hoc olim ingenio vitales hausimus auras,
Multa cito ut placeant, displicitura brevi.
Non in amore modo mens hæc, sed in omnibus impar
Ipsa sibi, longa non retinenda mora.*
Carmina, I, II.

provoca la risa; si sentís un movimiento de lástima, os presenta al momento un rasgo lascivo.

¿Pero en qué consiste el que ha agradado tan generalmente y dejado una memoria inmortal? (23) Existe la causa en la vivacidad inimitable de la pintura, en la gracia espontánea de la expresión, en el encanto que da tanto valor á la Vida de Cellini, es decir, en la manera de presentar las cosas sin pretension, mérito raro en los escritores italianos, sin frases ampulosas, y sin reminiscencias clásicas. El *Orlando* es la mejor prueba de que los libros viven por el estilo.

Cada vez que Ariosto trata de usar figuras, aparece falso (24) al paso que es admirable cuando

(23) La primera edición hecha por el autor, es del año 1516; la última de 1532, con muchos cambios y correcciones, especialmente en el estilo, pues Ariosto había estado largo tiempo en Florencia. Otras sesenta se hicieron en el curso del siglo.

(24) El abate Quadrio (*St. e Rag d'ogni poesia*, I, 495) cita muchas metáforas viciosas que se encuentran en el poema de Ariosto: *Abrir el camino con fatigosa llave; amortiguar los ojos, por matar; oscurecer con la niebla una cosa serena, por ocultar una cosa manifiesta; quitar al hombre la herrumbre y el moño; el olor hace sentir noticias de sí; romper las mallas al corazón de uno; sospecha de agudo y venenoso diente; falsear la coraza, por atravesarla; trillar la tierra, por ser agricultor; abrirse un sendero con los pechos; brillar el rostro de vergüenza; ser voraz de sus acciones; por querer ejecutar su voluntad, una enmienda que lava el corazón; pisotear por el sacudimiento de la cama; desmenuar el estoque de la ira; estar echado á perder y destruido el recuerdo, por no conservar memoria de una cosa; caer la vela al furor, etc. En la página 550 cita los giros prosaicos.*

Muratori (*Perfetta Poesia*, lib. II, cap. 6) reprueba los lamentos de Orlando, cuando aun no se había vuelto loco, en el canto XXIII:

Questi che indizio fan del mio tormento
Sospir non sono, nè i sospir son tali.
Quelli han tregua talora; io mai non sento
Che 'l petto mio men la sua pena esali.
Amor che m'arde il cor fa questo vento
Mentre dibate intorno al foco l'ali.
Amor con che miracolo lo fai
Che in foco il tenghi e nol consumi mai?...
Queste non son più lagrime, che fuore
Stillo dagli occhi con sì larga vena.
Non suppliron le lagrime al dolore;
Finir che a mezzo era il dolore appena.
Dal foco spinto ora il vitale umore
Fugge per quella via che agli occhi mena;
Ed è quel che si versa e trarrà insieme
Il dolore e la vita all'ore estreme.

(Estos, que indican mi tormento, no son suspiros, ni los suspiros se les parecen; pues tienen alguna tregua, al paso que mi pecho no deja nunca de exhalar su dolor. El amor que me abrasa hace este aire, mientras agita las alas en torno del fuego, Amor ¿qué milagro es este, pues lo mantiene inflamado, sin consumirlo jamás? No son lágrimas las que brotan con abundancia de mis ojos, las lágrimas no bastaron á mi dolor; concluyéndose

procede sin metáforas y con toda sencillez. Se complace en los detalles, que son la vida de un relato, y los elige con mucho arte. Conoce el corazón humano aunque falsea y exagera el lenguaje de la pasión, hace pasar al ánimo de sorpresa en sorpresa, antes que la reflexión haya tenido tiempo de señalar la inconveniencia y el error. Añádase á esto una pintura tan viva y tan variada, que convierten su poema en una mina inagotable de cuadros y el placer que se experimenta en entretenerse casi familiarmente con uno de los mejores talentos de Italia, y hasta del mundo. Esto es lo que hacia decir á un hombre de buen sentido, que no se debía permitir leer el Ariosto más que á aquellos que hubiesen hecho una buena acción por su patria.

Y como es un alivio de la triste realidad el entregarse de tiempo en tiempo á los sueños, algunas veces me he puesto á pensar qué hubiera sucedido si todos los libros de la antigüedad que tratan de guerras y conquistas hubiesen perecido, salvándose sólo los que tratan de artes, ciencias y filosofía. Una fuerza feroz con el nombre de derechos habria dominado aun, herencia de culpas primitivas; pero las personas doctas, al renovarse los estudios clásicos, se hubieran sentido inclinados á estudiar el derecho, el bien del pueblo, la verdad, antes que lisonjear á los guerreros con comparaciones soberbias, y prodigar sus alabanzas sólo á héroes combatientes. Nadie duda, ni los mismos que se rien de tal sueño, que esto hubiera sido lo mejor; adelante, pues; propongámonos, según nuestras fuerzas, un objeto parecido, y tratemos de acreditar en las obras literarias la verdadera virtud con daño de la falsa.

No se diga: ¿qué puedo yo hacer? *Estoy solo.* El poder de los escritores es grande, incalculable: ¡ay del que lo desconoce, y más desgraciado aun el que de él abusa! El hombre que se dedica á las tareas del ingenio, debe temblar ante las consecuencias de su palabra. Los *Bandidos*, de Schiller, arrastraron algunos á la senda del crimen descrito con tan bellos colores; el gemido de más de un suicida hirió el oído, si no el corazón del autor de Werther; y ¡de cuánto luto, de cuánta infamia es deudora la Italia á los libros de Maquiavelo! Asimismo la patria puede quizá echar en cara más culpas de las que imagina á Ariosto que trastorna las ideas de virtud, que diviniza la fuerza, que hace delirar al raciocinio, que hermosea el vicio y excusa los deleites sensuales.

No se nos conteste que tomamos por lo serio un poema festivo; pues en eso cabalmente está la culpa; son chistes parecidos al de uno que por diversión hiciese reventar una bomba en medio de sus amigos; y nosotros queremos ser severos con los

cuando éste se hallaba á la mitad. El humor vital que impele el fuego, huye por la senda que conduce á los ojos, brota, y llevará consigo juntamente el dolor y la vida.)

grandes escritores, no tanto por censurarles, cuanto por prevenir á la juventud, que esperamos ha de comprendernos, y á quien elegimos por juez igualmente austero, de nosotros y de nuestros contemporáneos.

No acostumbro pedir perdón de la verdad; sin embargo, debo decir, que hace algunos años creí conveniente advertir en voz alta á los padres y maestros el daño que causaban á la juventud poniendo en sus manos este escritor, que en Italia es el más peligroso, por lo mismo que abunda más que en ninguno en bellezas. Inmediatamente estalló contra mí la furia de los pedantes de todas edades, y hubo quien, en nombre de Italia me desafiase á desdecirme ó á probar la injuria irrogada al gran poeta. ¡Miserables! Inclinaos ante el ídolo de lo bello, adornad de juguetes los sueños y las orgías de vuestra patria. Nosotros vemos en las letras una vocación, un sacerdocio; necesitamos, debemos amonestar á la juventud, induciéndola á evitar lo bello cuando no va unido á lo bueno.

Si nos hemos mostrado más que severos con respecto al gran poeta, se concibe el caso que podemos hacer de sus imitadores, que desprovistos de aquella fuerza de carácter que hace perdonar á aquél, pretenden justificar con su ejemplo sus bajas lisonjas y su licencia.

Alamanni, 1495-1556.—Luis Alamanni formaba parte de aquella sociedad de jóvenes florentinos que se reunían en los jardines de Bernardo Rucellai, como Martelli, Vettori, Maquiavelo, para hablar de literatura, filosofía y política. Habiendo sido preso por usar armas prohibidas, se le condenó á una pena pecuniaria: fué tal el despecho que concibió, que entró en una conjuración que se descubrió y tuvo que huir á Francia, donde encontró más benevolencia que en su patria (25). Volvió á ella en 1527, después de la expulsión de los Médicis, pero su conducta versátil le hizo también sospechoso á los republicanos. Compuso multitud de poemas caballerescos, por sólo el gusto de satisfacer al rey Enrique II. Su *Giron el Cortés* es una traducción en verso de una novela francesa. La *Avarchida* contiene la relación del sitio de Bourges (*Avaricum*), en el cual convierte á Arturo, á Lanzarote y á Tristan en Agamemnon, Aquiles y Ajax; de tal manera, que la sátira de la obra se encuentra en el elogio que hace su hijo de ella llamándola una Iliada toscana. Ha dejado además sátiras, estancias, sonetos, elegías, salmos, todo mediano.

Tasso, 1493-1569.—Bernardo Tasso, natural de Bérgamo, debe su fama á la memoria de su ilustre hijo: precisado á abandonar su patria, entró al servicio de Guido Rangoni, pasó después al de la du-

(25) *E il buon Gallo... ch'io trovo amico
Piu de figli d'altrui che tu de tuoi.
Y el buen sendero Galo, más amigo
Que de sus hijos de ajena prole.*

quesa de Parma, y en fin, entró al de don Ferrante Sanseverino, príncipe de Salerno, á quien acompañó á la expedición de Tunez, á Flandes y Alemania. Pero cuando este príncipe, diputado por los napolitanos á Carlos Quinto, que querían separar de su cabeza el azote de la inquisición, cayó en desgracia con el emperador y se dirigió hácia la Francia, Bernardo le siguió; pero el abandono y la pobreza fueron el premio de su fidelidad, hasta el momento en que Guidobaldo de Urbino le dió un asilo: vivió después en Mántua, y fué gobernador de Ostiglia. En el curso de tan agitada vida compuso mucho, entre otras cosas dos poemas, el *Floridante* de que ya no se habla, y el *Amadis*, en el que se muestra tan rico de imágenes y expresiones, como sóbrio fué su hijo. Su carácter es la elegancia y la morbidez del estilo, lo que le hacía decir: *Nunca me escederá mi hijo en dulzura*. Aunque Speroni le hace superior á Ariosto, así como Varchi prefería, *Giron el Cortés*, al Orlando, nos parece muy distante por la variedad de combinaciones y de estilo. Cada canto del *Amadis*, y son ciento, comienza con una descripción de la mañana, y termina con otra de la tarde. Todo se vuelve también descripciones, recursos de los talentos medianos, con la corrección, que es también el patrimonio de la mediocritad, sin que haya nada que despierte el interés. A imitación de Ariosto, interrumpe constantemente sus relaciones en el momento en que la curiosidad se encuentra más escitada, y las multiplica hasta la confusión sin que aparezca arrastrado á ello por un asunto ó por el deseo de singularizarse. En cuanto á nosotros, lo hemos leído desde el principio hasta el fin, sin experimentar una sola vez el deseo de volver á leer una sola octava. Bernardo Tasso sucumbió también á bajas adulaciones, y buscó la excusa en el ejemplo de Ariosto y en el estado de miseria en que se encontraba (26). El

(26) Escribía el 12 de julio de 1560 á Antonio Gallo: «Envío á su excelencia dos cuadernos del *Amadis*, donde están los dos templos de la fama y del pudor. En el uno alabo al emperador Carlos Quinto, al rey, su hijo, á varios generales ilustres, tanto muertos como vivos, y á otros personajes célebres en el arte militar. En el otro, á varias princesas y damas italianas; pero quiera Dios perdonar al Ariosto, que, introduciendo este abuso en los poemas, ha obligado á que le imiten sea quien quiera el que escriba después de él. En efecto, aunque haya imitado á Virgilio, escedió en esta parte al menos los límites del juicio, arrastrado por la adulación, que así como en el día, reinaba entonces más que nunca en el mundo. De todos modos, reconociendo Virgilio que resultaría saciedad, mencionó pocos nombres en su sexto canto, pero por su parte, se detiene en este asunto, y quiere aludir á tan gran número, que engendra el fastidio. Nosotros que, sin embargo, escribimos después de él, es necesario que caminemos por sus huellas. Por lo que á mí corresponde, como es preciso que hable de ciertas personas por los beneficios que he recibido de ellas, de ciertas otras por la esperanza que tengo de recibirlos, de algunas por respeto, de otras por consi-

deración á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

deración á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

deración á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

deración á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

deración á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

deración á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

deración á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

deración á su mérito, y de varias, á pesar mio. Me será permitido el creer que, con respecto á éstos, cansaré menos que Ariosto.»

siempre de invención y sensibilidad; ignorando las conveniencias del estilo, hace decir frases procaicas y plebeyas á sus héroes, de tal manera, que no se espresan de otro modo en la *Sofonisba* que en las *Simillimi*, y que Juno habla como si fuera una tendera. Cuando vió olvidada su mesurada prosa, creyó que consistía en que no había cantado en ella también locuras caballerescas (30); pero en realidad se encontró en estado de conocer que, *magistro Aristotele ac Homero duce*, empleando sus espresiones, no se puede hacer con ellas sino una epopeya muy pobre. Algo más adelantó en *Sofonisba*, primera tragedia regular de la época moderna, que modeló al estilo de Sófocles, y en la cual el coro cubre no sólo el intervalo de los entreactos, sino que también desempeña el papel moral. El carácter de la heroína, que nadie había tratado antes que él, ofrece una mezcla conveniente de realidad é ideal. Pero los colores son pálidos y uniformes. La sencillez griega está llevada hasta el esceso, y la intriga es nula: hay demasiada expansión de un dolor tímido, y sobre todo el estilo carece de vigor.

Rucellai hizo también para el teatro á *Rosmunda* y *Orestes*; Alamanni, una *Antigone*; Martelli, una *Tullia*; después se multiplicaron las tragedias, cuando se adoptó la costumbre de representar una á cada advenimiento de los príncipes. Tal vez la *Horatia* del Aretino es la mejor tragedia de aquel siglo. Relaciones prolijas, un diálogo frío, coros que proclaman una moral trivial, tales son los defectos de aquellas piezas modeladas según el estilo clásico. Sin hablar de otras imitaciones peores de la antigüedad, nos limitaremos á espresar el sentimiento de que pasaran tan pronto de la pintura de las afecciones á la de los crímenes. Speroni Speroni, autor de tratados morales vacíos y pesados, y uno de los adversarios del Tasso, hizo en este género la *Canace*, que fué muy criticada cuando aun no estaba más que manuscrita. Las cinco discusiones que publicó para defenderse, le atrajeron nuevos ataques seguidos de respuestas que hicieron entonces gran ruido. El *Orbecche* de Cintio Giraldo, en el que se encuentra un incesto, un parricidio, un suicidio y algunos crímenes secundarios, puede caminar á la par con todas las invenciones de la escuela satánica. La *Arciprandia* de Antonio Decio no le cede en nada bajo este aspecto. Muzio Manfredi pone también en la escena el incesto en su *Semiramis*; el fraile Fuligno ostenta á las miradas, los tormentos impuestos á Bragadino por los turcos.

Los italianos fueron también los primeros que tuvieron un teatro regular, pero sin nada nacional y espontáneo, en atención á que su entusiasmo

(30) *Sia maledetta l'ora e il giorno, quando Presi la penna, e non cantai de Orlando.* «Maldito sea el día, la hora y el momento, en que cogí la pluma y no canté á Orlando.»

con respecto á las producciones de la antigüedad no permitía á los que hubieran querido hacer uso de sus propias fuerzas, abrir nuevos caminos á la literatura. El mismo modelo que habían elegido con preferencia era malo, porque se guiaban por Séneca, cuyo estilo ampuloso se ejercita en intrigas romancescas. Luis Dolce imitó á los grandes trágicos griegos, pero sin arte ni provecho. La tragedia tiene necesidad del pueblo, y el pueblo estaba escluido tanto de la literatura como de la política.

Mujeres.—Las profanaciones y licencia de Boccaccio revelaron la delicada susceptibilidad de Tullia de Aragon. «Es de admirar, dice, que los mismos ladrones y traidores, que sin embargo, se hacían llamar cristianos, hayan podido oír pronunciar este nombre sin santiguarse y taparse los oídos, como la cosa más horrible y criminal que pueda resonar en los de los humanos.» Deploraba las demás producciones sin vergüenza de sus contemporáneos, viendo con dolor que los Morgante, las reinas Ancoja, los Orlando enamorados, los Bueyes de Antona, los Leandra y los Mambrinos y el Ariosto, «ofrecen cosas lascivas, deshonestas, tan indignas, que no digo religiosas, señoritas, mujeres casadas ó viudas pueden verlas en su casa, pero ni aun mujeres públicas.» Habiendo pues reconocido por su propio ejemplo «cuánto es el daño que causa á las almas jóvenes la discusión y aún más la lectura de las cosas lascivas y sucias,» escribió el *Guerin llamado el Pobrecito* con intención «de alabar á Dios, y con la convicción de haber procurado á todo el mundo un libro para que le fuera agradable bajo todos aspectos.» Desgraciadamente no se puede elogiar en él más que su buena voluntad.

Otras muchas damas se formaron en aquel siglo una reputación literaria, y se distinguieron por sus conocimientos. Casandra Fedele, llena de entusiasmo, saber y piedad, se dedicó desde su infancia á estudios elevados, sin perder nada de su gracia y sencillez natural, nunca usó oro ni pedrerías: no salió en público sino vestida de blanco, y la cabeza cubierta con un velo. En Admirada toda Italia, era venerada por los venecianos, á quienes maravillaba por su erudición clásica y teológica, y los embelesaba con el encanto y vigor de sus improvisaciones musicales y poéticas. Isabel de Aragon quiso que fuese á Nápoles haciéndole magníficas promesas; pero el senado no consintió en que la republica se privase en ella de uno de sus más bellos adornos. Juan Bellini fué encargado de retratarla cuando apenas tenía diez y seis años, es decir, en el momento en que, para reproducir con verdad una fisonomía casi infantil y sin embargo, graciosamente inspirada ya, era preciso un pincel, cuyo toque delicado y natural estuviese en armonía con el asunto.

El senado de Roma adjudicó á Tarquinia, nieta de Francisco Molza, el título de ciudadana y el sobrenombre de Unica, que el Tasso colocó á la

cabeza de su diálogo sobre el amor. Olimpia Marata compuso arengas, cartas, diálogos en latín y poesías griegas. Habiéndole precisado sus opiniones religiosas á abandonar á Ferrara con su marido Andrés Grunther, que era protestante, la universidad de Heidelberg los invitó á que él enseñara la medicina, y ella la lengua griega; pero murió esta dama á la edad de veinte y nueve años. Gaspara Stampa, de Pádua, compuso versos suspirando por Collalto, guerrero que hizo poco caso de ella, y que se fastidió de tantos gemidos como espresaban sus rimas. Verónica Gambara, de Brescia, después de haber sido en su juventud la amiga de Bembo, y luego, por espacio de nueve años, la mujer de Gilberto de Correggio, pasó en una casta y estudiosa viudez el resto de su vida.

Victoria Colonna (1490-1547), hija del gran

condestable Fabricio, cultivó la poesía con más éxito que sus émulo. Prometida en matrimonio á la edad de cuatro años á Alfonso, marqués de Pescara, que tenía la misma edad, se casó á los diez y siete, pero murió él á los treinta y cinco en la batalla de Pavía, y dulcificó su dolor cantándole, y entregándose después con fervor á las prácticas religiosas. Amada de Miguel Angel, cortejada por lo selecto de los hombres de aquella época, conservó una reputación sin mancha (31).

(31) Aun podemos añadir á Isabel de Este, Argentina Pallavicina, Blanca y Lucrecia Rangone, Francisca Trivalcio, Maria de Cardona, Porcia Malvezzi, Angiola Sirena, Laura Batiferra, Laura Terracina, Silvia Bandinelli, Clara Matriani; estas dos últimas naturales de Luca...

CAPÍTULO XI

HISTORIADORES POLÍTICOS.—CIENCIA DE LA GUERRA.

Entre tantos espíritus frívolos é indiferentes, era imposible que los grandes intereses que se agitaban en aquella época no encontrasen á nadie que emprendiese contarlos dignamente, para meditar sobre la naturaleza de los acontecimientos y buscar sus mútuas relaciones.

La gloria de haber producido los mejores historiadores recae también en Florencia. Jacobo Nardi (1476-1555), que se había formado traduciendo á Tito Livio, escribió con conocimiento completo de los hechos, las vicisitudes de aquella república desde 1492 hasta 1531. Prodigia las sentencias, pero su estilo es castigado. Se muestra como desterrado tan hostil á los Médicis, como Felipe Nerli, cuyo trabajo adelanta seis años más, les manifiesta benevolencia. Bernardo Segni, de condición noble (1558), narró los acontecimientos de los tres años en que Florencia estuvo libre para hacer ver «cuáles eran las costumbres de los ciudadanos florentinos durante la libertad, á fin de que la posteridad no cifre muchas esperanzas en la gloria y dulzura de la vida de los libres.» Correcto escritor, aunque falto de elegancia, pertenecía al partido moderado, y estaba asociado con el gonfalonero Nicolás Capponi, cuya vida escribió. Continuó luego su historia hasta la toma de Siena, advirtiéndose en ella escaso arte para urdir las intrigas y enlazar los pasajes, pero mucha candidez así en el alma como en el estilo.

Varchi, 1502-65.—Benito Varchi comienza en la última proclama de la libertad florentina para detenerse en la elevación de Cosme I. No fué testigo de los hechos, como sus tres predecesores; pero escribe con arreglo á los documentos nuevos, y por los datos que le proporcionaba en sus cartas J. B. Busini (1). Asalariado por los Médicis para

(1) Estas importantes cartas se han publicado en Pisa por Rosini, en 1822.

cumplir esta misión, no supo decir ni callar bastante para satisfacerlos, y se trató de suprimir su libro. Aunque prolijo, desigual y careciendo del arte necesario para elegir bien las circunstancias, se hizo leer, por su constante amor á la patria. Nos traslada verdaderamente entre aquellos últimos ciudadanos libres, contando minuciosamente cada detalle y cada discurso, y si no dice por qué medios la libertad fué abatida y reemplazada por la paz, es decir, por la servidumbre, lo deja adivinar.

Aunque Escipion Ammirato de Lecce haya escrito también, por orden de Cosme I, una historia de Florencia desde su fundación hasta 1574, como también la genealogía de las familias florentinas, no muestra servilismo. Se había propuesto por modelo á Tácito, que era el menos imitable de los antiguos. El discurso de don Vicente Borghini sobre la historia florentina está lleno de erudición. El veneciano Juan Miguel Bruto acompañó á Polonia á Esteban Batori; fué nombrado en Praga historiógrafo de Rodolfo II, y parece que murió en Transilvania. Con el objeto de no verse espuesto á venderse, se acostumbró á una vida frugal y bajo la inspiración de los desterrados emprendió vengar á los florentinos de las aduladoras calumnias de Pablo Jove, descubriendo por qué iníquos medios habían conseguido los Médicis sofocar la libertad en su patria. Como había visto varios países, pudo elevarse á consideraciones más estensas que los pedantes asalariados, cuyas adulaciones corrige por el sentimiento de odio de que se encuentra animado. Jacobo Pitti nos ofrece la mejor relación que tenemos desde 1494 hasta 1529. Compila con frecuencia, pero con cuidado y juicio, los escritos de los que le han precedido, tributando á los Médicis las alabanzas que pocos tenían valor para negárselas; pero á esto no debía haberse prestado el que había hecho la apología